

El Padre José Guevara

(Del tomo V de los «Anales de la Biblioteca»)



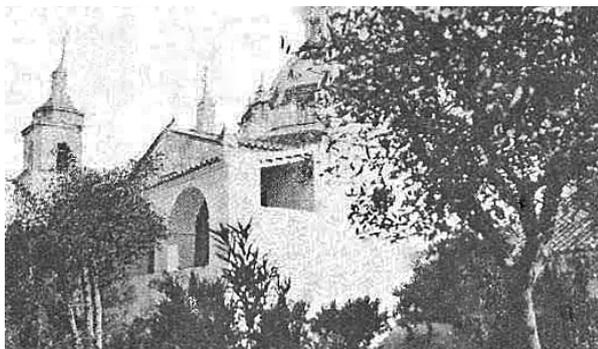
Estancia Santa Catalina

Residía de fijo en Santa Catalina, estancia de la Procuraduría, situada á unas doce leguas al norte de Córdoba, al pie de la Sierra Chica, cuya falda acuchillan torrenteras y quebradas que bajan explayándose más y más, hasta borrarse en la llanura. Región encantadora de bosques balsámicos y aguas vivas que aquellos sabios organizadores eligieron como asiento de gobierno, prefiriendo su templada variedad y clima de montaña á las riquezas llamativas y seducciones mórbidas de las tierras calientes. Zona intermedia que participa por su latitud de los caracteres pampeanos y subtropical de la provincia, así como, por su altura, mezcla de flora andina con llano. A trechos, en los pingües pastizales y húmedas

cañadas, la roca desnuda asoma, rompiendo la epidermis vegetal. Junto á los montes de cocos y espinillos, los cirios y quimilos erizan las pendientes ó coronan las lomas y la rígida elegancia de la palma arroja su nota exótica en la armonía alpestre.

En ese predio de cría ganadera y labranza, con cuyo producto se mantenía especialmente la casa de los novicios (estos, además, solían pasar allí las vacaciones), habían los jesuitas formado una población de cierta importancia. Las sólidas construcciones de piedra y ladrillo de principios del siglo XVIII, subsisten todavía, las principales – iglesia, claustros, salas, y celdas – casi intactas; de las otras: noviciado, almacenes, talleres, cuadras de esclavos, rancherías de indios, solo quedan

ruinas. La espaciosa iglesia, de retorcida arquitectura, --jesuítica naturalmente -- con su pórtico saliente, su ondulado frontón que dominan las dos torres cuadradas, su cúpula octogonal encima del crucero, forma una masa imponente en aquella soledad. La conocida cargazón de este estilo emperifollado, -- cuya obra maestra es el "Gesú", -- se acentúa más aún, por lo tosco de la materia y lo rudimentario de la ejecución. Con todo, el desenfreno "ornamenticio", aquella profusión de molduras, estrías, guirnaldas y rosetones, que por fuera y dentro del edificio brotan de los arcos y cornisa, no hiera el gusto, como lo haría en Roma ó en París. Y esto, no solo por cierta ingenuidad indiana que de la obra trasciende, por entre el remedo servil, sino por avenirse a la vegetación tumultuosa que nos asedia, y, desde el atrio en terraza, que sombrean árboles seculares, hasta los patios festoneados de enredaderas y jazmines, sirve de marco exuberante á la exuberante fábrica.



La celda del Padre Guevara

Tal era, al menos, la impresión que de conjunto me llegaba el día de otoño en que, desde una estancia vecina, volví a visitar, después de algún tiempo, la antigua residencia. El claustro y sus bóvedas de medio punto, con los pilares enflorados de blancas diamelas y rojas adelfas, la ruinosa arquería del noviciado, otros años bulliciosa y vibrante como colmena, malogrando la disciplina, hoy roída por la vegetación parásita; la sacristía con sus armarios esculpidos; y luego, en el interior del templo, -- fresco refugio durante la siesta,-- los escaños de algarrobo alineados en el coro; los seis cuadros de la Pasión en ambas paredes de la nave; la tribuna del fondo en que duerme su sueño secular el órgano para siempre mudo; por fin, arriba del crucero, frente al altar ma-

yor y su retablos de curiosa entalladura, los dos balcones que permitían asistir al oficio desde las celdas contiguas: todo ello, aunque previsto y común, sin la poesía de nuestras iglesias de aldea ni el misterio de la abadía medieval, me parecía esta vez menos trivial que otras, (en que me toco una cuasi función de lance), y algo ennoblecido por el mayor deterioro y el abandono. Subimos a una de las torres, que todavía conserva sus dos ó tres campanas, oxidadas y melladas en el borde. Alguien -- una irreverencia femenil--dejó caer el badajo de la mayor, que enseñaba en relieve su bautismo del año 1690; salió un destemplado gemido de vasija cascada, el cual se me antojó ser un eco quejumbroso de aquel terrible siglo XVIII que barrió de un soplo la Compañía, junto con otras instituciones más augustas. Pero, bastóme llegar a una tronera del macizo campanario y contemplar el cuadro para desprenderme de todo recuerdo importuno: como una manta polvorienta, había caído y quedado en el suelo la tétrica evocación de la empresa jesuítica; y hasta las ruinas de esa obra de esterilidad se borraban de la mente, en presencia de la naturaleza eternamente joven y fecunda.



Patio interior

El paisaje agreste de mañana, solo ameno y risueño, ha cobrado a la tarde una belleza serena y grave. El sol ya declinante, ilumina la sierra occidental, en cuya cumbre se han agrupado, cual regio séquito en espera del astro, las nubes y celajes de oro, fuego y púrpura. Lomas y hondonadas atenúan sus declives en un mismo plano apenas alabeado.



Un claustro

Las manchas verdes claro de los pastizales, las amarillas de los rastros empiezan á fundirse en las masas oscuras de los follajes, cuyas aleadas se pierden en el horizonte. Hiende los aires con breves chirridos de una bandada de loros barranqueros.

Cerca del caserío, casi á mis pies, cruzan la gran represa llena de flotillas de patos, que

abordan en las isletas orillada de juncos y cortaderas. Rezagada del hato que vuelve en deshilada por la senda, una cabra que se empina contra un arbusto, otra mayor, trepada a un peñasco, queda parada con gracia clásica y faunesca sobre el blanco zócalo. El sol poniente toca la cumbre que se empieza á roer del astro espléndido, va quedando un disco decantado, un segmento en fusión, un reflejo de incendio. El lento crepúsculo descuelga su gasa gris sobre la falda; todo se aleja y apaga. Se responden a la distancia mugidos prolongados como lamentos. En el cenit palidecido por la luna, tímidas, parpadean las primeras estrellas. Calma, penumbra, rumores indecisos. En el ambiente de amorosa tibieza, una paz inmensa baja de las alturas. Pero es tan penetrante la sensación de extrañamiento, tan importante el silencio de las cosas, que el pobre ser humano se encoje y tiembla, presa de vago terror sagrado; y la vasta soledad evocadora de recuerdos anega el alma en infinita y mortal melancolía...

P. GROUSSAC

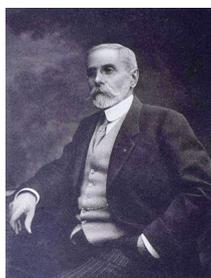
El arq. Juan Kronfuss en su libro *ARQUITECTURA COLONIAL EN LA ARGENTINA* (1929) continúa en la reproducción del texto de Paul Groussac, en lo que se refiere al Padre Guevara y Santa Catalina:

“... Pasamos al salir, debajo de la celda que ocupa la esquina izquierda de la galería alta, tras la iglesia, la que fue, del Padre Lozano. Guevara la heredaría de su predecesor, por ser contigua al cuarto de la librería y archivo de la Provincia. Aquí, como dijimos, tejió sin prisa, durante cerca de diez años, su telaraña histórica, poco menos que ciego y sordo a la naturaleza comarcana, y bien convencido de que en este retiro, a tal distancia del mundo y sus vicisitudes, realizaba un ideal de imperturbable tranquilidad. Fue perturbado, sin embargo. Una mañana de invierno, sintiéronse recios aldabazos en la puerta maciza del colegio: era la partida destacada de Córdoba que traía el decreto de extrañamiento. Nadie desobedeció la Real orden. A pesar de haber sido sorprendidos los jesuitas, aquí como en todas partes, no se encontraron en su poder valores ni papeles de gran importancia. El doctor don Antonio Aldao, comisionado por el Gobernador Bucarelli, se incautó de los archivos, y también de los ma-



nuscritos del P. Guevara. Tengo rastrado en los Anales el destino probable de las varias copias que de la historia se habían sacado.

El Padre Guevara fue trasladado a Buenos Aires, como los ciento treinta sacerdotes, estudiantes, coadjutores y novicios recogidos en Córdoba, efectuándose el viaje en las condiciones entonces comunes, y sin los extremos de privación y rigor que con harta complacencia y trémulo sentimental refieren los PP. Peramás y Hernandez. Llegaron a la Ensenada el 20 de Agosto y fueron embarcados en la fragata *Venus*. Por causas diversas, la división naval (compuesta, además de la nombrada, de la fragata *San Esteban* y de tres buques menores) no salió del Río de la Plata hasta principios de Octubre. La travesía se efectuó sin incidentes, arribando la *Venus* al Puerto de Santa Maria, el 7 de Enero de 1768. Es sabido que, a raíz de la expulsión, el general Lorenzo Ricci había conseguido, para tornar más odiosa la actitud de Carlos III, que el Papa impidiera la entrada en los Estados pontificios a los jóvenes españoles. Pero habiéndoles ofrecido asilo el gobierno de Génova y hasta los paolistas corsos, la cristiana prohibición fue levantada, no por inicua e inhumana, sino por insostenible y frustránea. Pudieron, pues, los expulsos dirigirse a Italia y difundirse libremente en su territorio. Guevara y varios de sus compañeros se establecieron en Faenza. Algunos años después, ya suprimida la Sociedad de Jesús, obtuvo una canonjía en Spello, cerca de Perusa...”



Nota:

La Revista Caras y Caretas y el arquitecto Juan Kronfuss han reproducido parte del Capítulo EL PADRE JOSÉ GUEVARA, perteneciente al libro *Estudios de Historia Argentina* de Paul Groussac.

Fuente:

Revista Caras y Caretas N° 532, 12 – 12 – 1908. Biblioteca Nacional de España.
Kronfuss, Johannes – *Arquitectura Colonial en la Argentina*, 1929.

Investigación: www.capillasytemplos.com.ar

05/05/2023